

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE OSCAR WILDE

Nacido en Dublín, Oscar Wilde (1854-1900) encarna el esteticismo inglés de las dos últimas décadas del siglo XIX, a través de sus cuentos, poemas y ensayos. Defensor del arte por el arte, sobre todo en su novela *El retrato de Dorian Gray*, fascinado por la paradoja, la máscara y la ambigüedad, es también un dramaturgo brillante que, en apenas tres años, de 1892 a 1895, estrena o publica cinco obras que pertenecen por derecho propio a la historia del teatro: *Salomé*, *El abanico de Lady Windermere*, *Una mujer sin importancia*, *Un marido ideal* y *La importancia de llamarse Ernesto*; en las cuatro últimas se entrega a una sátira de la alta sociedad londinense, a la que reprende con un moralismo que pone de relieve el valor de la indulgencia y del perdón; sus protagonistas son siempre mujeres que, en el filo de lo que para la hipocresía puritana de la época era la virtud, demuestran una fidelidad profunda a valores individuales que están por encima de los que impone la sociedad.

Socialmente, en su vida personal Oscar Wilde cultivó la provocación y la extravagancia desde sus años de estudiante en Oxford; la sociedad victoriana, hipócrita y puritana, se lo haría pagar tras un proceso por homosexualidad del que resultó condenado a dos años de trabajos forzados. Si su estancia en la prisión de Reading le permitió escribir dos obras maestras, *De profundis* y *Balada de la cárcel de Reading*, también es cierto que ésta es su última obra; la cárcel había acabado con el poeta; cuando recobra la libertad, le quedan poco más de dos años de vida, con unas fuerzas físicas debilitadas por la dureza del régimen carcelario; sus obras, que antes del proceso eran éxito permanente en los escenarios londinenses, están ahora prohibidas; arruinado y señalado, Wilde tendrá que marcharse de Inglaterra y sobrevivir en Francia, para terminar muriendo en una pensión barata de París, solo y abandonado.

